

5. ¿Nos interesa la salvación?

Decía que como los intereses de Cristo, de Dios, son la salvación del mundo, la redención de los pecadores, nuestra salvación, nadie puede buscar sus propios intereses más y mejor que buscando los de Jesucristo.

Pero aquí surge una pregunta, que me hago al verme y al ver cómo muchos viven realmente en monasterio u otras formas de vida cristiana: ¿nos importa realmente la salvación? ¿Nos importa realmente que Cristo nos salve? ¿Vivimos realmente la renuncia a nuestros propios intereses para buscar el gran interés de Cristo que es nuestra salvación?

Piensemos en San Pedro cuando se opuso a que Jesús fuera a Jerusalén a sufrir, ser condenado a muerte y resucitar (cf. Mt 16,21-23). Jesús le reprende con dureza: “¡Apártate de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios”. (Mt 16,23). ¿No nos parece oír aquí un eco de la declaración de San Pablo a los filipenses: “Todos buscan su interés, no el de Jesucristo” (Flp 2,21)? El verbo utilizado en la reprimenda de Jesús a Pedro, *phroneo*, significa “sentir”, “juzgar”, “tener un sentimiento”. En definitiva, también podría traducirse como interesar, ser atraído por, ser atraído a, y en esto coincidiría la frase de San Pablo o la de Jesús. Baste pensar en el discurso que Jesús pronuncia inmediatamente después de reprender a Pedro, un discurso sobre la abnegación por Cristo que los discípulos comprenderán y sobre todo sólo vivirán después de la muerte y resurrección del Señor: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?” (Mt 16,24-26)

Pedro, y todos los discípulos con él, aún no se han dado cuenta de que, si fueran honestos con su corazón, si llegaran al fondo de lo que sintieron cuando conocieron a Jesús y le siguieron durante tres años, comprenderían que su mayor interés y ganancia era perderlo todo, incluso la vida, porque sólo Cristo salva la vida. No es el mundo el que salva la vida despertando en nosotros los intereses de la concupiscencia, la sed de poder y de riqueza, de fuerza y de éxito; no es el mundo el que salva nuestra vida, el verdadero destino de nuestra vida, el valor eterno de nuestra vida. Sólo Cristo es el Salvador de la vida. Pero esto, como Pedro, nunca lo entendemos del todo, y necesitamos que el Espíritu Santo de Pentecostés nos llene de esta conciencia, de estos sentimientos, de este interés totalmente entregado por Jesucristo. Tenemos que pasar por una prueba en la que nuestros intereses mundanos se derrumben para permanecer unidos a Cristo como el único interés que nos libera y salva. Tenemos que entender realmente que sólo buscando los intereses de Jesucristo buscamos nuestro verdadero y único interés, que es dejar que Él salve nuestras vidas aferrándonos a Él.

Esto, Pedro ya lo había entendido, con la cabeza y quizás también con los sentimientos de su corazón, tanto que cuando casi todos habían abandonado a Jesús después de su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, le dice: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68). Pero lo dijo sin estar aún verdaderamente dispuesto a perder su vida para permitir que Cristo la salve. Incluso durante la Última Cena dijo: “Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti” (Jn 13,37).

¿Por qué fracasó esta voluntad de dar la vida por Jesús? ¿No fue desinteresado el deseo de Pedro? ¿Qué es lo que no era correcto, lo que no era verdadero en este impulso de Pedro de dar su vida por Cristo?

Tal vez fue el propio verbo utilizado el que se equivocó: Pedro quería “dar” su vida por Cristo y no “perderla” por Él, como había pedido Jesús en Mateo 16,25 después de corregir a Pedro: “El que pierda su vida por mí, la encontrará”. Cuando Pedro dice que quiere dar su vida por Jesús, es como si dijera: “¡Daré mi vida para salvarte!”. En cambio, quien pierde su vida por Cristo, la entrega toda a la salvación de Cristo, se la ofrece a Él para que la salve, en lugar de pedir al mundo la salvación de su vida, ganando el mundo entero. Pedro, pretendiendo saber cómo dar su vida por Jesús, seguía teniendo su vida en sus manos para entregarla a Cristo, como creía que hacía, por ejemplo, usando la espada para defenderlo. Cristo no necesita esto. Cristo necesita salvarnos y, por tanto, necesita que renunciemos a todas las demás salvaciones que pretendemos darnos o que buscamos en el mundo.

Pero muchas veces, como Pedro, necesitamos pasar por un fracaso total de nuestros orgullosos intereses para entregarnos al único interés de Cristo, que es salvarnos. Necesitamos hundirnos en el mar, como Pedro, para gritar de verdad a Jesús: “¡Señor, sálvame!” (Mt 14,30) Imagina cuánto más intenso fue este grito en el corazón de Pedro después de su negación, aunque Jesús estuviera muriendo en la Cruz, para no ahogarse completamente en la desesperación, como se ahogó Judas. No podemos seguir a Cristo, no podemos ser fieles a ninguna vocación, a ningún compromiso adquirido por Cristo, sin que nuestro corazón grite continuamente, de mil maneras: “¡Señor, sálvame!” Es clamando de esta manera que nuestro corazón, nuestra libertad, se desplaza lentamente, o tal vez incluso de repente, de nuestros propios intereses a los de Cristo, dándonos cuenta, cuando Jesús nos salva, de que éste es realmente nuestro interés, lo que necesitamos, y nada más.